Poderosas
Madres
E.J. Bahng
Traducción de Candelas M. DeLuca

Poderosas Madres

E.J. Bahng

Traducción de Candelas M. DeLuca

2025, Poderosas Madres por E.J. Bahng está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional, excepto donde se indique lo contrario.

Arte de portada por Alessia Lingesso

Dedicación

A mis abuelos fallecidos, quienes amaron y cuidaron la tierra y vivieron en armonía con la naturaleza.

Los secretos de familia tienen siempre un poder mágico. Hace mucho tiempo escuché una historia acerca de mi bisabuela, que nunca pudo ella dar un varón a la familia.

Ella y su esposo ya tenían seis hijas, pero toda familia debe de tener un hijo. Su suegra, finalmente le pidió que se fuese de casa después de haber dado a luz a otra hembra , la séptima hija. Ella aceptó su destino. Su esposo no tardó en encontrar una nueva esposa. Eso era lo esperado.

En el profundo valle de esta desconocida montaña de la Península Coreana se vivía de la agricultura, de una manera frugal y sencilla. No era el propio tiempo ni el propio lugar, ni la propia familia, para demostrarle a ella compasión. En esos tiempos especialmente, toda mujer, joven o vieja, necesitaba una familia y un esposo para protegerle. Si no, se encontraría en la calle, y esa calle no es amiga de nadie. Incluso el viento puede arrebatar a una criatura.

Tuvo una visión entonces y tomó una decisión. Vagando por los pueblos de los alrededores de este montañoso valle fué depositando una hija aquí, otra allá, encontrando un buen hogar para cada una de ellas. En cada nuevo pueblo, se quedaba con una hija menos. Llegando al siguiente pueblo a través del sinuoso camino dejaba una hija más.

Su quinta hija, mi abuela, fué depositada en una familia formal y honesta donde no pasaría hambre.

“¿Les gustaría emplear a mi hija?” Preguntó a la señora de la honesta casa.

“Bueno, es todavía muy joven, pero parece que puede trabajar con sus manos. Un buen atributo,” dijo la señora

“Puedes ser mi hijastra, ayudándome en la casa, y con el tiempo te casarás con mi hijo.” Eso dijo la dicha señora de esa bien parecida casa.

Así es como se manifestó su vision. En este punto de esta historia familiar, cosa extraña, mi bisabuela desaparece. Nadie sabe qué fué de ella.

La quinta hija, mi abuela, echó una mirada al hijo de esta señora y de repente su sentido del tiempo desapareció. Rayos de sol emanaban de él y se enamoró completamente.

“Me enamoré de él al instante. El trabajo diario en el campo era duro para una criatura de mi edad, pero de vez en cuando le observaba desde lejos, cuando estaba estudiando en su habitación, y me enamoraba de nuevo. Y toda la fatiga corporal, causada por el trabajo en el campo, desaparecia. Contaba los días hasta poder casarme con él."

無語別

十五越溪女
羞人無語別
歸來掩重門
泣向梨花月

POEMA

Despedida Sin Palabras
de Lim Hae

A una bella joven de 15 años que vive rio abajo.
Me despedí de ella, sin palabras, a causa de mi timidez.
Volví a mi casa y allí me encerré.
Y me encontré derramando lágrimas a la luna que asomaba entre los perales en flor.

Mi abuela se casó con un hombre estudioso cuya familia, los Fang, vino de China hace muchos, muchos años, con riqueza y posición social.

Corea y la familia Fang soportaron 35 años de ocupación japonesa. Mi abuelo hablaba coreano con la familia, aprendía japonés en la escuela y escribía chino en casa.

Cuando yo era joven él me solía decir, “No te olvides nunca de donde vienes. Tienes que aprender y practicar el chino todos los días.”

Y en el campo, trabajando juntos bajo el calor del sol veraniego, solía decir frases en japonés de una cosa u otra.

Después, en la noche, bajo las estrellas, solía escribir en chino, de esto o aquello.

Cuando la guerra empezó en Corea, en 1950, mis abuelos tuvieron su primer hijo.

La guerra duró tres años.

Estos años de guerra, y circunstancias difíciles, erradicaron todas esas palabras de mi abuelo y el espíritu de sus ojos. No salía de casa, solo encontrando confort trabajando en sus campos. Se volvió silencioso y perdió el habla. Sus ojos siempre alerta, detectando peligro incluso en los saltos de una criatura.

Otras veces sus miradas parecian como una luna creciente en el horizonte, soportando penosamente la visión del fantasma de la guerra que había penetrado en sus hojos.

Mi abuelo se convirtió en el apicultor, o colmenero, y agricultor del pueblo. Trabajando junto con su esposa cuyo espíritu crecía como la fluorescente y anacarada luna.

Por entonces las hermanas mayores de mi abuela, que vivían en los pueblos cercanos, habían ya establecido sus familias, y mi abuela se convirtió en la red de información entre ellas.

Era como la luna llena, la cabeza de familia de los Fang, trabajando en el campo días enteros, junto a su marido.

También se convirtió en madre adoptiva de los huérfanos de guerra cuando el esposo de una de sus hermanas murió, y cuando el hermano mayor de mi abuelo murió en la guerra de Corea.

En mi juventud, siempre me extrañaba y me preguntaba por qué mi abuelo nunca hablaba, sentado silencioso al lado de sus colmenas. Por largos periodos él solía observar y escuchar los miles de vibrantes sonidos de las abejas llevando el polen al colmenar.

¿En qué piensa? ¿Cómo es que no se aburre ahí sentado tanto tiempo? Así pensaba yo, pero para entonces ya había aprendido a no hacer ninguna clase de ruido ni movimientos bruscos cuando estaba cerca de él Yo solía preguntarle:

"Abuelo, abuelo, ¿no te sientes solo aquí."

Solía apoyarme en su pecho y él me abrazaba tiernamente.

Cuando enjambres de abejas aparecían de repente en las ramas de los árboles, las gentes del pueblo le pedían ayuda.

Y él entonces, poco a poco, dirigía las abejas a una colmena hecha por él.

Las colmenas de mi abuelo eran como un calamar. El techo hecho de paja tejida formando un triángulo, el cuerpo en forma de columna hecha de un tronco hueco para los panales de miel.

Cerca del borde del tronco, cada colmena tenía un par de estrechos rectángulos, del tamaño de las abejas, para ellas entrar y salir, sujetos estos firmemente con piedras planas.

Eran estos canales de entrada y salida que mi abuelo observaba en silencio, las abejas entrando y saliendo de los panales, en orden, con sus zumbidos, como danzando.

Yo era muy joven para entender historia y naturaleza humana. De vez en cuando mi abuela me decía,

"¿Ves aquella montaña? Está cubierta de muertos."

"En las noches más obscuras he visto las luces de los fantasmas, *Dokkaebi Bul,*
aparecer y volar por esa montaña."

"¿Ves aquel arroyo? Estaba teñido de rojo y olía a sangre."

"Gente ha perdido el juicio, se ha vuelto loca."

“Los soldados de ambos lados, estaban sedientos por una cosa cualquiera y destruyeron todo.”

“Un día pregunté a un joven soldado que encontré en la calle, si los coreanos del norte estaban invadiendo nuestro pueblo. Soltó una carcajada y se fué.”

“Yo no sabía quien era quién, y quien estaba en qué lado.”

Mis abuelos trabajaron por muchos años en el campo, días enteros, en primavera, verano, y otoño.

En el invierno descansaban.

Tuvieron cinco hijos.

Con el tiempo se enriquecieron y pudieron comprar la mayoría de las tierras, campos, y huertas de manzanas que había en el pueblo.

El recinto de la familia Fang era a menudo visitado por los trabajadores de temporada y mi abuela siempre los acogía, los hospedaba, y alimentaba.

Uno tras otro, los cinco hijos crecieron y poco a poco las riquezas de la familia fueron reducidas.

El hijo mayor, que fué mi padre, derrochó la mayoría de las tierras, en deudas de juego y bebiendo.

Mi padre solía presentarnos a todos en frente de su madre, mi abuela, tratando de demostrar lo difícil que era para él el criarnos y mantenernos.

¿Por qué le ayudastes continuamente? Pregunté a mi abuela.

Sonriendo ligeramente ella me dijo:

“Tu padre nació cuando empezó la guerra en Corea. Es mi primer hijo, yo soy su madre. No puedo cortar las alas de mi primer hijo cuando puedo ayudarle.”

Y sonrió de nuevo ligeramente.

El hijo segundo de mi abuela cosiguió algún dinero de ella y se fugó con una mujer que trabajaba en una fábrica textil de los alrededores. Nunca más volvió.

El hijo tercero, el “Buen Hijo” se quedó con ella todo lo que pudo, trabajando a su lado en el campo, pero lo dejó todo yéndose a vivir a la ciudad, la “Gran Ciudad.”

El cuarto hijo consiguió sacarle una fuerte suma de dinero para empezar un negocio, lo cual le costó a ella, la mayoría de sus tierras y huertas.

Su quinto hijo se fué al colegio universitario y dejó atrás el desconocido valle montañoso.

Más adelante, en los últimos años de mi abuela, el quinto hijo volvió a casa, lleno de sabiduría, nuevo vocabulario, y modernas ideas, y se quedó con ella.

“No te preocupes mamá, yo me cuidaré de la hacienda. Me quedaré a vivir aquí,” le aseguró su quinto hijo.

En sus últimos años decidió educarse ella misma aprendiendo a leer coreano.

También se deshizo de la mayoría de sus bienes siempre que se presentaba la ocasión.

Poco a poco, pero inevitablemente, fué perdiendo la cabeza y continuaba buscando a su primer hijo.

Un par de meses después ya no podia tragar ni una sola gota de agua. Murió en medio de la cúspide de la pandemia.

Mi abuela solía decir en voz alta:

“Voy a dar todas mis tierras y dinero a quien se quede conmigo y al último que me limpie.” Y soltaba una carcajada.

Mi abuela dejó todo a su hijo menor, y él lo vendió todo. La finca de la familia Fang fué derribada y ahora está convertida en una parada de autobús en el sinuoso y montañoso valle.

***

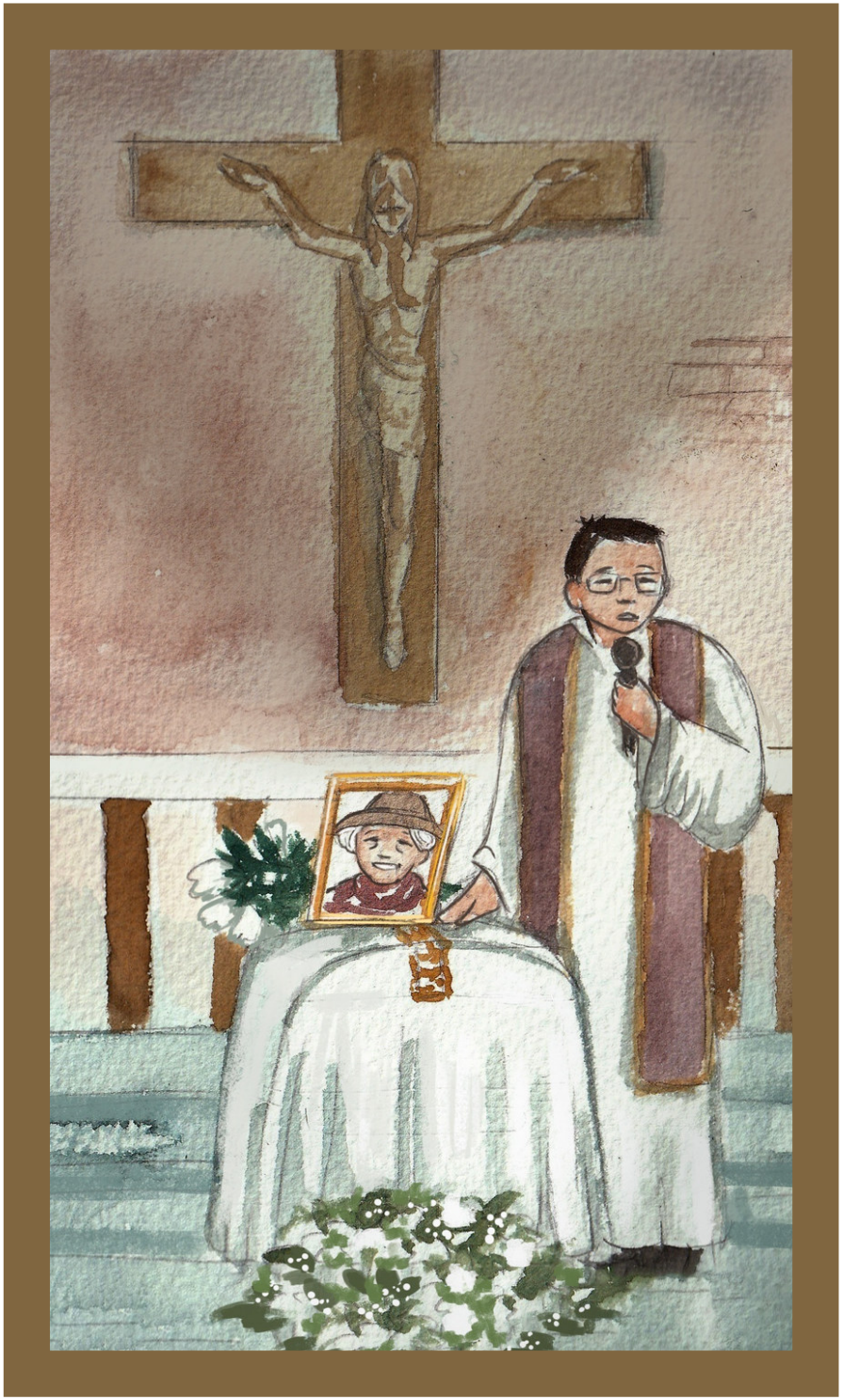
Cuando mi hermana me mandó una foto del funeral, me encontré sumergida en las memorias de mi infancia.

Así es como procesé mi dolor por la pérdida de mis abuelos. Eran agricultores.

En nuestra infancia nos llevaban siempre a mi hermana y a mí a este profundo valle y allí nos dejaban con los abuelos durante las vacaciones de primavera, verano e invierno.

Su casa era nuestro lugar de nacimiento, donde jugábamos, y sin saberlo, aprendimos a conocer agricultura, naturaleza, y relaciones humanas.

Mis padres eran demasiado jóvenes y demasiado impacientes con ya dos hijas en dos años.



Mi hermana y yo corríamos por los senderos de las montañas donde estaban enterradas las historias de la guerra coreana que mi abuela contaba.

Recogíamos fresas y moras silvestres que nos teñían la lengua y labios en un damasco rojo y morado.

Nos criamos alrededor de nuestros abuelos cuando sus vidas estaban controladas por el tiempo y las estaciones del año.

Mi abuelo daba de comer a los gusanos de seda con hojas frescas del moral, en una habitación obscura donde no se oía nada más que el sonido escalofriante de los gusanos comiendo, que me ponía los pelos de punta.

Ahora, estas memorias de mi juventud se han convertido en escenas para cursos provisionales:

Recogiendo guindillas bajo todo el calor del verano, sobrellevando pacientemente hilera tras hilera de estas plantas y sobresaltándonos con la aparición de los sapos;

Esparciendo al viento semillas diminutas de sésame (ajonjolí) en la brisa otoñal, respirando el aroma de las plantas secas de sésame trilladas por mis abuelos;

Asando boniatos y cacahuetes en la hoguera, jugando al juego invernal de Yutnori, por los aplausos y por aprender a perder con cortesía y sin llorar.

Junto con otros muchachos del pueblo, cazábamos, con las manos, libélulas y cigarras durante el día y luciérnagas de noche, al mismo tiempo que observábamos armadas de arañas diminutas apareciendo en todos los rincónes de la casa de mi abuela.

El ataúd con el cuerpo de mi abuela, fué expuesto en su iglesia católica para la misa del funeral.

Su identificación, al pie del ataúd, era una imagen de ella, sonriente, convocando al resto de sus hermanas en los pueblos adyacentes, a sus cinco hijos, y a sus doce nietos.

“No funcionó. No encontraron a su segundo hijo,” dijo mi madre.

Mi hermana me dijo:

“No te preocupes. Yo le dije a la abuela, al oído, tus últimas palabras. No parecía un ser humano en el hospital, con todos esos tubos, pero su cara estaba tan apacible, como la cara de Buddha… parecía que estaba sonriendo.”

“Ese es el fin de la herencia ¿verdad? Es casi como el cuento de “El Arbol Generoso.” Iowa tiene un cuento parecido, “Mil Acres” basado en la obra de El Rey Lear y sus tres hijas,” dijo mi amiga.

Mi hermana me mandó un You Tube videoclip de mi abuela apareciendo en el programa de television “*Abuela Va a la Escuela.”*

Reí viendo su suave y orgullosa sonrisa mientras aprendía a escribir y a leer los caracteres coreanos.

De niñas, mi abuela solía llevarnos con ella a todas partes, y siempre nos preguntaba si este autobús o el otro, va a este lugar o al otro, o si este tren o el otro va a tal o cual lugar.

Yo era demasiado joven para poder leer coreano, pero mi hermana solía ponerse en frente del autobús o al lado del tren y leía sus destinos.

Ella era la más lista. Yo era la nieta segunda cuando ella hubiera preferido un nieto.

BUS
심려
도담
단양

Sin haberlas vivido y solo de oirlas hablar, estas historias familiares, y escenas de temporadas se han convertido en la poesía de mi abuela.

Después de quedarse viuda tuvo finalmente tiempo para educarse ella misma. Detrás de las hojas del calendario del pasado año escribía y después miraba y repetía coreano. Coleccionaba palabras, frases, llenando una caja. También se apuntó en la escuela para abuelas.

Educación y negocios escolares fueron el hechizo de su esposo, mi abuelo. De nuevo mi abuela me dijo:

“Solo necesitaba dar una sola mirada a tu abuelo, estudiando, para que mi corazón se hinchase con la esperanza de casarme con este hombre tan guapo, y en ese instante todo el trabajo duro en los campos desaparecía.”

“Dos años más… dos años más… y él será mi esposo y yo le daré un hijo.”

Después de seis meses, los jóvenes maestros de la clase coreana le dijeron que ella era la más lista de la clase.

Esto es lo que ella recita como su última historia:

“Caminando en el camino festoneado de flores”

Me duelen las manos por haber agarrado tantas cosas.
Me duelen las manos por haber puesto tanto peso en mi espalda.
Mis tiempos se disiparon solviendo problemas diarios.

Me duelen las piernas de tanto entrecruzar.

Y mis manos me duelen por haber echado mano a tantas cosas.

De repente, en esta vacía habitación nuestra,
!No me quedaré sola!

Amor, y solo amor.

De ahora en adelante solo pensaré en esa palabra.
Y solamente voy a imaginarme caminando en ese sendero festoneado de flores
Aunque estoy caminando en el desierto.

De vez en cuando,
Solo cuando se sientan abrumados y fatigados,
Pido escuchen parte de mis historias.

FIN

Resumen (50 palabras)

Ante la repentina noticia del fallecimiento de su abuela durante el segundo año de la pandemia, la narradora no puede estar con ella y es golpeada por un dolor sin precedentes, pero aprende a decir “Adiós”.

Palabras clave

Legado familiar, abuelas, madres, abuelos, humanidad, historia, alfabetización, guerra y naturaleza.

Agradecimientos y Descargo de responsabilidad

Este material se basa en el proyecto *Future Teachers Authoring Project*. Este esfuerzo de desarrollo curricular fue parte del programa *Humanizando la Ciencia a través de los Retos STEAM (Ciencia, Tecnología, Ingeniería, Artes y Matemáticas)*, apoyado parcialmente por un *Miller Open Education Mini Grant* de ISU y una *Subvención Semilla* de la Facultad de Ciencias Humanas. El proyecto también recibió apoyo complementario de la *Escuela de Educación*.

El primer poema de la historia, *Despedida sin palabras*, fue escrito por Lim Jae (1549–1587). El segundo poema, *Caminando por el sendero cubierto de flores*, fue abreviado y modificado de una canción coreana titulada “Deseo” interpretada por SaYeon No. Se sabe que en las escuelas coreanas para abuelas se enseñaba el idioma coreano a través de letras de canciones populares, y las palabras que aparecen en este libro muestran cómo la abuela de la narradora practicaba su coreano.

Cualquier tema, opinión, historia, personaje ficticio o valor expresado en este material pertenece únicamente a la autora y no refleja necesariamente las opiniones de las entidades financiadoras.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es posible gracias al amor incondicional que me brindaron mis abuelos ya fallecidos. Con ambos, perdí la oportunidad de decirles “te quiero” al oído en sus últimos momentos, porque me encontraba lejos.

En 2002, el año en que falleció mi abuelo, lo recuerdo en mis sueños despidiéndose con su manera amable y gentil. En 2021, el año en que murió mi abuela, ella no vino a mis sueños. En su lugar, me invadieron todos los recuerdos de mi infancia junto a ella. Después de seis meses, esos recuerdos se volvieron tan insoportables que sentí la necesidad de contarlos en una historia... una historia oral de familia.

Estoy profundamente agradecida con mi hermana mayor, Eunsook, quien vivió conmigo estas aventuras en casa de nuestros abuelos. A pesar de sus horarios ocupados y la diferencia de horario internacional, siempre ha estado ahí para mí: como mensajera, como amiga y como hermana. Después del funeral de nuestra abuela, conversamos por Zoom sobre esos recuerdos de infancia tan significativos. En muchas ocasiones, me sorprendió cómo nuestras memorias de ciertos episodios eran diferentes, y al mismo tiempo, muy similares.

Mi gratitud va para la Sra. Alessia Lingesso y el Dr. John Michael Hauptman, quienes han estado conmigo en este camino de “Grandes Madres” casi todos los días durante muchos meses, a través de múltiples revisiones.

Agradezco profundamente a Erin E. Bergquist, a la decana de CHS Laura D. Jolly, y a los doctores Mary H. Gresham, Jennifer Margrett, Tera R. Jordan, Christina Campbell, Rameshwar S. Kanwar, Simon Cordery, Jose A. Rosa, Amy Rutenberg, Carmen Gomes y Patricia R. Leigh, quienes han sido grandes apoyos durante estos inciertos años de pandemia.

Finalmente, al acercarme a mis propios cincuenta años de vida en la Tierra, expreso mi sincero agradecimiento a todos los abuelos y abuelas maravillosos que, con pequeños gestos cotidianos, iluminan y llenan de amor a la humanidad.

Historia de la portada

La fotografía en primer plano de la portada, Abuela y Nietas en la Isla She-Ru, fue tomada a principios de la década de 1980 durante una excursión escolar de otoño con la narradora. La hermana mayor a la izquierda y la narradora a la derecha, ambas con flores de papel multicolores en las manos, estaban abrazadas por su abuela. La abuela vestía con ropa muy humilde, mientras que las nietas llevaban vestidos coloridos. Más tarde se supo que el vestido de una sola pieza que llevaba la nieta menor era heredado de su hermana mayor.

La Isla She-Ru, donde vivían aproximadamente 250 personas, se encontraba en el río Danyang, en Danyang, Corea del Sur. Antiguamente, esta isla era una ruta principal para las embarcaciones que transportaban sal y para las canciones de los barqueros.

El 19 de agosto de 1972, alrededor de las 3 de la tarde, el tifón Betty azotó la península coreana, y la Isla She-Ru enfrentó una gran inundación. Las personas aisladas en la isla corrieron a terrenos altos y formaron un escudo humano entrelazando sus brazos. “Solo vivimos si sostenemos con fuerza nuestros brazos cruzados”, fue el canto que los acompañó durante las largas horas de resistencia. Nadie soltó sus brazos cruzados; se mantuvieron firmes juntos. Resistieron una batalla de 14 horas contra la lluvia intensa, el viento, el frío y la oscuridad. Todos sobrevivieron, excepto un bebé de 100 días de nacido. Se dice que la madre del bebé nunca pronunció palabra alguna sobre la muerte de su hijo, por temor a que su dolor deshiciera el escudo humano y todos corrieran peligro. En 2017, el pueblo de Danyang conmemoró a esa madre con una estatua titulada 14 horas de lucha contra la muerte y una madre resistente.

Actualmente, Danyang es conocido por sus Ocho Paisajes Naturales y por ofrecer diversas actividades recreativas como paracaidismo, esquí acuático, entre otras.

Las cortinas a media distancia que se mueven suavemente con la brisa del verano representan la conciencia y el futuro. Una vez escuché una historia como la siguiente: a una persona se le concede un deseo, pero con una maldición al mismo tiempo. La maldición consiste en que ese único deseo nunca se detendría, sino que se repetiría infinitamente. Entonces, ¿cuál es tu único deseo?... Dime, ¿cuál es tu único deseo? “Mi único deseo es sentarme dentro de una estación de tren en un caluroso día de verano, y que de repente sople una brisa suave que eleve el ánimo de las personas.”

La portada invita al lector a ser el presente, a ver la foto enmarcada como el pasado y a interpretar las cortinas abiertas y flotantes como el futuro.

E.J. Bahng es hija, formadora de docentes, autora de libros infantiles y profesora asociada en la Universidad Estatal de Iowa, donde ha enseñado desde 2008.

Por favor, comparte tu historia conmigo:
ejbahng75@gmail.com

Internet Archive